

DOMINGO 31 de mayo de 2009

Domingo de Pentecostés

Evangelio: Jn 20,19-23

«Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

-La paz esté con vosotros.

Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo:

-La paz esté con vosotros.

Y añadió:

-Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

Sopló sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.»



COMENTARIOS:

1) ECLESALIA

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU

Ven Espíritu Santo. Despierta nuestra fe débil, pequeña y vacilante. Enséñanos a vivir confiando en el amor insondable de Dios nuestro Padre a todos sus hijos e hijas, estén dentro o fuera de tu Iglesia. Si se apaga esta fe en nuestros corazones, pronto morirá también en nuestras comunidades e iglesias.

Ven Espíritu Santo. Haz que Jesús ocupe el centro de tu Iglesia. Que nada ni nadie lo suplante ni oscurezca. No vivas entre nosotros sin atraernos hacia su Evangelio y sin convertirnos a su seguimiento. Que no huyamos de su Palabra, ni nos desviemos de su mandato del amor. Que no se pierda en el mundo su memoria.

Ven Espíritu Santo. Abre nuestros oídos para escuchar tus llamadas, las que nos llegan hoy, desde los interrogantes, sufrimientos, conflictos y contradicciones de los hombres y mujeres de nuestros días. Haznos vivir abiertos a tu poder para engendrar la fe nueva

que necesita esta sociedad nueva. Que, en tu Iglesia, vivamos más atentos a lo que nace que a lo que muere, con el corazón sostenido por la esperanza y no minado por la nostalgia.

Ven Espíritu Santo y purifica el corazón de tu Iglesia. Pon verdad entre nosotros. Enséñanos a reconocer nuestros pecados y limitaciones. Recuérdanos que somos como todos: frágiles, mediocres y pecadores. Libéranos de nuestra arrogancia y falsa seguridad. Haz que aprendamos a caminar entre los hombres con más verdad y humildad.



Ven Espíritu Santo. Enséñanos a mirar de manera nueva la vida, el mundo y, sobre todo, a las personas. Que aprendamos a mirar como Jesús miraba a los que sufren, los que lloran, los que caen, los que viven solos y olvidados. Si cambia nuestra mirada, cambiará también el corazón y el rostro de tu Iglesia. Los discípulos de Jesús irradiaremos mejor su cercanía, su comprensión y solidaridad hacia los más necesitados. Nos pareceremos más a nuestro Maestro y Señor.

Ven Espíritu Santo. Haz de nosotros una Iglesia de puertas abiertas, corazón compasivo y esperanza contagiosa. Que nada ni nadie nos distraiga o desvíe del proyecto de Jesús:

hacer un mundo más justo y digno, más amable y dichoso, abriendo caminos al reino de Dios.

José Antonio Pagola

2) SERVICIOS KOINONÍA

Cualquier gran ciudad de nuestro mundo rememora ya el ambiente de la torre de Babel: pluralidad de lenguas, pluralidad de culturas, pluralidad de ideas, pluralidad de estilos de vida y problemas inmensos de intolerancia e incompreensión entre los que la habitan. ¿Cómo convivir y entenderse quienes tienen tantas diferencias? La situación está volviéndose especialmente problemática en los países desarrollados, pero también en las grandes ciudades de todo el mundo. Inmigrantes del campo, del interior, de otras provincias o países que lo dejan todo para buscar un trabajo, un hogar, un lugar donde recibir sustento y calidad de vida. A la desesperada son cada día más los que abandonan su país para tocar a la puerta de los países desarrollados, aunque para ello haya que surcar mares tenebrosos en barcas desamparadas. Llegar a la otra orilla es la ilusión... Y cuando llegan, si es que los dejan entrar, comienza un verdadero calvario hasta poder situarse al nivel de los que allí viven. Nuestro mundo se ha convertido ya en paradigma de la torre de Babel, palabra que significaba «puerta de los dioses». Así se denominaba la ciudad, símbolo de la humanidad, precursora de la cultura urbana. Una ciudad en torno a una torre, una lengua y un proyecto: escalar el cielo, invadir el área de lo divino. El ser humano quiso ser como Dios (ya antes lo había intentado en el paraíso a nivel de pareja, ahora a nivel político) y se unió (-se uniformó-) para lograrlo.

Pero el proyecto se frustró: aquél Dios, celoso desde los comienzos del progreso humano, confundió (en hebreo, "balal") las lenguas y acabó para siempre con la Puerta de los dioses ("Babel"). Tal vez nunca existió aquel mundo uniformado; quizá fue sólo una tentadora aspiración de poder humano. Después del castigo divino, las diferentes lenguas fueron el mayor obstáculo para la convivencia, principio de dispersión y de ruptura humana. El autor de la narración babilónica no pensó en la riqueza de la

pluralidad e interpretó el gesto divino como castigo. Pero hizo constar, ya desde el principio, que Dios estaba por el pluralismo, diferenciando a los habitantes del globo por la lengua y dispersándolos.

Diez siglos después de escribirse esta narración del libro del Génesis, leemos otra en el de los Hechos de los Apóstoles. Tuvo lugar el día de Pentecostés, fiesta de la siega en la que los judíos recordaban el pacto de Dios con el pueblo en el monte Sinaí, «cincuenta días» (=«Pentecostés») después de la salida de Egipto.

Estaban reunidos los discípulos, también cincuenta días después de la Resurrección (el éxodo de Jesús al Padre) e iban a recoger el fruto de la siembra del Maestro: la venida del Espíritu que se describe acompañada de sucesos, expresados como si se tratara de fenómenos sensibles: ruido como de viento huracanado, lenguas como de fuego que consume o acrisola, Espíritu (=«ruah»: aire, aliento vital, respiración) Santo (=«hagios»: no terreno, separado, divino). Es el modo que elige Lucas para expresar lo inenarrable, la irrupción de un Espíritu que les libraría del miedo y del temor y que les haría hablar con libertad para promulgar la buena noticia de la muerte y resurrección de Jesús.

Por esto, recibido el Espíritu, comienzan todos a hablar lenguas diferentes. Algunos han querido indicar con esta expresión que se trata de "ruidos extraños"; tal vez fuera así originariamente, al estilo de las reuniones de carismáticos. Pero Lucas dice "lenguas diferentes". Así como suena. Poco importa por lo demás averiguar en qué consistió aquel fenómeno para cuya explicación no contamos con más datos. Lo que sí importa es saber que el movimiento de Jesús nace abierto a todo el mundo y a todos, que Dios ya no quiere la uniformidad, sino la pluralidad; que no quiere la confrontación sino el diálogo; que ha comenzado una nueva era en la que hay que proclamar que todos pueden ser hermanos, no sólo a pesar de, sino gracias a las diferencias; que ya es posible entenderse superando todo tipo de barreras que impiden la comunicación.

Porque este Espíritu de Dios no es Espíritu de monotonía o de uniformidad: es políglota, polifónico. Espíritu de concertación (del latín "concertare": debatir, discutir, componer, pactar, acordar). Espíritu que pone de acuerdo a gente que tiene puntos de vista distintos o modos de ser diferentes. El día de Pentecostés, a más lenguas, no vino, como en Babel, más confusión. "Cada uno los oía hablar en su propio idioma de las maravillas de Dios". Dios hacía posible el milagro de entenderse.. Se estrenó así la nueva Babel, la pretendida de Dios, lejos de uniformidades malsanas, un mundo plural, pero acorde. Ojalá que la reinventemos y no sigamos levantando muros ni barreras entre ricos y pobres, entre países desarrollados y en vías de desarrollo o ni siquiera eso.



Y la venida del Espíritu significó para aquel puñado de discípulos el fin del miedo y del temor. Las puertas de la comunidad se abrieron. Nació una comunidad humana, libre como viento, como fuego ardiente. No sin razón dice Pablo: "Donde hay Espíritu de Dios hay libertad", y donde hay libertad, autonomía (el ser humano -y su bien- se hacen ley), y donde hay autonomía, se fomenta la pluralidad y la individualidad, como camino de unidad, y resplandece la verdad, porque el Espíritu es veraz y nos guiará por el camino de la verdad, de la autenticidad, de la vida, como dice Juan en su evangelio. Que venga un nuevo Pentecotés sobre nuestro mundo -es nuestra oración- para acabar con esta ola de intolerancia e intransigencia que nos invade por doquier.

SERVICIO BÍBLICO LATINOAMERICANO

3) CIPECAR

Tienes delante un texto evangélico impresionante. Es Jesús quien habla, y habla del Espíritu. Recoge sus matices, huele su perfume, entra en el terreno del asombro y de la alabanza.

- Descubre asombrado/a en este texto el testimonio del Espíritu. El Espíritu está con Jesús, sintoniza y actúa con Jesús, da testimonio de Jesús. Los que se dejan enseñar por El, tienen en los labios y en el corazón a Jesús.
- Aprende a vivir la humildad del Espíritu. El Espíritu recibe y da, nada se le queda entre las manos. Así son las personas que siguen su rastro: todo lo dan en una eucaristía continuada; los más pobres salen ganando.
- Escucha los sonidos del Espíritu. El Espíritu oye y comunica, es como una fuente inagotable. Así son los que se dejan llevar por el Espíritu: oyen y comunican el amor, andan en amor, ni cansan ni se cansan.
- Déjate fascinar por la verdad del Espíritu. El Espíritu acoge la verdad y guía hasta la verdad plena, o sea, hasta el amor vivido en comunidad de pueblos, lenguas y culturas. Los que se dejan guiar por El realizan cada día la espiritualidad de la comunión.

MOMENTO DE ORACION

Ven Espíritu, Padre amoroso del pobre.

Con tu fuerza, con tu luz,
con tu enseñanza
acojo las propuestas radicales,
sanadoras, de Jesús para la humanidad.

Ven, Espíritu, dulce huésped del alma.

¡Qué maravilloso eres!
Me quitas los miedos.
Desatas en mí ríos de alabanza.
Me comunicas tu vida
a través de los que beben de tu fuente.

Entra, Espíritu, hasta el fondo del alma.

Huelo tus perfumes y camino,
paso a paso, hacia la verdad plena.
Habitas mi misterio y ahí, en la hondura,
Me invitas a dar las manos a todos y a todos,
en una comunión ininterrumpida.

Riega, Espíritu, la tierra en sequía.

Abro mis oídos para oír tus maravillas.
Me pongo en camino hacia donde Tú quieras.
Celebro el amor en la Iglesia
que Tú convocas cada día.
Junto a ti recorro cada día los caminos:
De la superficialidad a la hondura,
de la pasividad a la creatividad,
del individualismo a la comunión.
¡Te alabo y te bendigo, Espíritu de amor!



4) CIUDAD REDONDA

EL IMPARABLE ESPÍRITU DE DIOS

Estamos celebrando la tercera gran fiesta del año litúrgico. La tercera Pascua, el tercer momento en que Dios pasa cerca de su pueblo y recrea la vida. La tercera y definitiva. De la encarnación (primera pascua) a la resurrección de Jesús (segunda pascua) hay un camino que llega a su plenitud en Pentecostés (tercera pascua).

Pentecostés es el viento y el fuego del Espíritu que quema y destruye, que calienta y transforma, que abre las ventanas y envía a los discípulos al mundo, a predicar la buena nueva de que Dios no está contra nosotros sino a favor nuestro, de nuestra vida, de nuestra esperanza. El viento del Espíritu crea la Iglesia, guía a la Iglesia, da fuerza, sostiene, cura, reconcilia, da vida. Llenos del Espíritu, aquellos primeros discípulos salieron de Jesús y, con el tiempo, llegaron a las tierras más lejanas. Portaban un mensaje de esperanza: Dios nos ha salvado en Cristo, su Hijo, su testigo, la encarnación de su amor. En él nos ha manifestado su inmenso amor para con nosotros. Ese amor es tan grande que es capaz de vencer la muerte. Hoy, aquí y ahora, hay que comenzar a construir un reino de fraternidad donde nadie puede ni debe ser excluido. Esa es la voluntad de Dios y no otra.

El Espíritu ha creado la Iglesia

El Espíritu fue suscitando comunidades aquí y allá. Pequeños signos de esperanza en medio del mundo, lugares de acogida para los que estaban cansados por el peso de la vida. Eran comunidades locales, que hablaban el idioma de la gente de cada lugar, que se adaptaban a su cultura, a sus necesidades, a sus preocupaciones. Esas comunidades son las que están representadas en la primera lectura.

El milagro no es que los discípulos fueran capaces de hablar todas las lenguas de repente. El milagro, recogido de alguna manera en la lectura, fue que los discípulos fueron a todos esos lugares y supieron hablar el lenguaje de las personas de allí, supieron “encarnar” el mensaje del Reino, de la buena nueva de la salvación. Partos, medos, elamitas, cretenses y árabes, romanos y de todas las partes escucharon el mensaje de Jesús en su propia lengua y sintieron que se pegaba a sus carnes, que les resucitaba para una vida de esperanza. Y así nació la Iglesia.

El Espíritu animaba la vida de las comunidades. Les hacía confesar que “Jesús es Señor” (nadie lo puede hacer sino es animado por el único Espíritu de Dios). A pesar de las diferencias de idioma, de cultura, de tradiciones, de costumbres, de forma de expresar la fe, a todas las comunidades cristianas nos une esa confesión sencilla, básica, accesible a todos y en todas las lenguas.

Hoy somos muchos en todos los continentes los que confesamos que “Jesús es Señor”. Más allá del hecho de que pertenezcamos a diferentes tradiciones, a diferentes confesiones, a diferentes comunidades, de que hablemos diferentes lenguas o tengamos diferentes formas de expresar nuestra fe, todos confesamos que “Jesús es Señor” y que en su nombre se nos ha devuelto la esperanza y la vida, la alegría y el gozo de vivir.



¿Quién puede apagar el Espíritu?

El Evangelio no está amenazado. Algunos parece que piensan que o la defienden ellos o la fe va a desaparecer de la faz de la tierra. Algunos se sienten los protectores del Espíritu, los portadores de la verdad, los defensores de la fe. Piensan que sin ellos, sin su acción, vamos al desastre. Amenazan con el infierno a los que no sigan sus indicaciones y normas. Parece que tienen comunicación directa con el Espíritu y que éste les ha nombrado sus alféreces y les ha puesto al frente de sus batallones. No es así. El Espíritu con su viento y su fuego fue el que propagó por este mundo la buena nueva del Reino, de la salvación. Él seguirá haciendo lo mismo. Nada que hagamos los hombres podrá atemorizar al Espíritu de Dios.



Dejar al Espíritu libre (¿es que alguien le puede encerrar o poner cadenas al Espíritu?) es dejar que brote en nuestros campos la esperanza, la paz, la reconciliación, la vida. Esos son los frutos del Espíritu. ¿Quieren una sugerencia para terminar? Sería bueno imprimir en pequeñas hojas la secuencia que se lee antes del Evangelio y hacer que la comunidad la lea, todos juntos, como oración de acción de gracias, en el momento posterior a la comunión. E invitar a todos a llevarse la hoja a casa y seguirla usando durante la semana. Para que todos aprendamos de memoria y de corazón cuáles son los verdaderos frutos del Espíritu.

Fernando Torres Pérez, cmf